

LOS CUENTOS GRISES

Sin otro mentor que el propio sentimiento, sin otro modelo que la Naturaleza, el joven autor de estos cuentos ha dejado correr su pluma con la espontánea energía del que nada espera de la gloria.

Y sin saberlo acaso, ha levantado un monumento á su fama pues no todos comienzan como él ha comenzado, ni todos escriben como él ha escrito estas páginas.

Una flor seca temblando á impulsos del viento frío de las tardes de Noviembre sobre un sepulcro abandonado; una niña haraposa llorando sobre el cadáver de una madre á quien consumieron la tisis y el hambre; una ilusión nacida entre el estruendo de las olas al ver en el horizonte un celaje, en el espacio una gaviota y en la playa la blanca espuma que viste de gala á la amarillenta arena ó á la desnuda y abrupta roca; una expósita, hija de la vergüenza ó una devota víctima de la histeria; un proscrito que lucha más que con las furias del oceano con los secretos del porvenir y con los recuerdos de un pasado tormentoso; sirven de argumento á estas creaciones de un ingenio juvenil y sano, nutrido con su propia savia, á semejanza de esos arbustos que ostentan capullos, flores y frutos á un tiempo mismo, sin otra alfombra que una tierra gris tapizada de espartos y de cardos silvestres.

Alberto Leduc, ó como él se llama modestamente: Abel Curtoled, no cuenta aún veinticinco años y no ha tenido otros maestros que el amor en su vida de « grumete voluntario » ó el mostrador en sus faenas de dependiente de casas de comercio.

Era muy niño cuando perdió á su padre, un honra-

do y vigoroso normando que sirvió en el ejército francés, y se fué, por un arranque de amor á la lucha con lo desconocido, á presentarse en uno de los cañoneros que forman la raquítica escuadrilla de nuestra naciente marina de guerra. Allí, el niño mimado de la ciudad opulenta, se transformó en el pupilo de pecho y pies desnudos que por obligación se levanta antes que el sol para « baldear » la cubierta y hacer sus cuartos de centinela sobre la cofa ó vigilar trepado sobre un mástil, curtiendo su piel con fuego ó con nieve, si se divisa en la extensión algún otro barco que llega ó alguna tormenta que se anuncia hipócritamente con celajes blancos á manera de cisnes errantes.

Luchó y sufrió todo lo que se lucha y se sufre en esa vida en que el único amor es el infinito y la única novia la muerte. — Allí aspiró las sanas emanaciones de las volubles olas, como había antes absorbido en un seminario, entre rezos y cantos místicos el sepulcral aliento de un porvenir destinado al claustro y á la penitencia. Del « mar muerto » de la teología, salió al « mar vivo » de la Naturaleza y ahora, en sus breves instantes de ocio, cuando las fatigas de la vida diaria lo dejan en libertad para tomar una pluma, escribe estos cuentos extraños y raros en que hay brillantes, rubíes y esmeraldas, es decir, lágrimas, sangre y esperanzas; rocío de ilusiones; heridas de desengaños y vislumbres de felicidad humana; de esa mentira que todos perseguimos y que todos adoramos, sin encontrarla nunca en la peregrinación larga ó corta que nos está señalada por un árbitro desconocido.

Hay en este libro cuentos para todos los caracteres; desde el sencillo que rivaliza con los de Tennyson ó Nodier, hasta el complicado y trascendental que recuerda á Hoffmann y que deja un resabio amargo en el fondo del alma.

Hay candores para los niños como en « Zopilote, » « Tres Mariposas, » « El gato blanco » y la « Flor roja », filosofía y dolor como en « Consuelito » « Ángela Lorenzana » y « Chiquito ; » cuadros reales y sombríos como en « Fragalita » y « Pierre Douairé » y ternuras íntimas y dulces como en « Ella » y « Amor de Muerta. »

El estilo es el hombre, ha dicho Buffon y los « Cuentos Grises » revelan un espíritu, no enfermizo como cree su autor, sino impresionable, vibrante, soñador y melancólico como habrán de sentirle y de juzgarle cuantos le exploren y analicen en estas páginas.

La literatura nueva exige plumas que condensen en pocas palabras muchas enseñanzas y Abel Curtoled entre nosotros, como Pierre Loti en Francia, abrevia en períodos artísticos lo que otros no logran decir en extensas y empalagosas disertaciones.

Abel Curtoled llegará con la práctica, á ser como nuestro Duque Job, el inimitable Gutiérrez Nájera, un estilista á quien se salude con respeto y admiración en los dominios castellanos. Hoy tiene novedad y frescura en sus concepciones, lo cual hará que todos le perdonen alguna incorrección, hija de esa fecunda vena que sólo poseen los escritores de su edad y de su genio.

No obedece el libro de « Cuentos Grises » ó determinada escuela ni se ha escrito siguiendo un plan fijo. Encierra todo lo que la observación real de la vida inspira y aconseja al ánimo vigoroso y levantado. Y quien busque en sus hojas un consuelo tropezará con un desengaño al encontrarse una verdad amarga, una deducción fría, un desenlace que hiere el sentido emotivo y obliga á suspirar involuntariamente.

Yo me siento orgulloso al presentar á los lectores, un nuevo escritor que no se ha dado á conocer fuera de esta obra, que es la primera de su pluma, en nin-

gún periódico ni en ninguna sociedad literaria.

Huye de los aplausos monótonos de las agrupaciones conocidas y habla con esas buenas gentes que llevan al fondo de los humildes hogares un libro que les dice la verdad, sin que espere en cambio un diploma ni una violeta de oro, sino la ingenua confesión de que ha copiado bien alguna escena de la sociedad humana y que ha expresado sin rodeos ni hipocresía la verdad de los hechos con todas las negruras que empequeñecen el corazón ó con todas las claridades celestiales que podrían darle por trono el pecho de una deidad olímpica.

Y dicho esto, abrid el libro; sentid hondo sobre sus páginas y si el autor os cautiva no le busquéis para felicitarlo, entre los grandes, ni entre los ricos, ni entre los laureados; acaso cuando vayáis con ánimo de conocerlo, á los centros literarios de mejor fama, él personalmente os haya vendido en ese mismo día una cartera de piel rusa ó un devocionario empastado en Marroquí de Levante.

Anda por allí, detrás de un mostrador, cubierto su traje por el polvo del trabajo y anotando en el libro diario, cada nueva partida que enriquece al patrón de la casa sin preocuparse por lo que á él le destine la gloria.

CASTELAR

(DE MIS MEMORIAS DE TREINTA AÑOS)

El General Don Ramón Corona fué para mi, en la Corte de España, no sólo un Jefe modelo por su dis-

creción y su afabilidad, sino también un amigo paternal y cariñoso, que procuraba que estudiase las costumbres, los progresos y el ser moral de la Nación en que representábamos á nuestra Patria.

Con veintiséis años de edad á nada se le teme, y fui á cumplirlos á la coronada villa, así es que tenía la cabeza llena de ensueños y el corazón henchido de esperanzas.

Me regocijaba conocer personalmente á los poetas, cuyas obras había leído ó visto representar en México, y me desvelaba, pensando en cada noche á quién de ellos visitaría el día siguiente.

Me presenté solo á muchos de ellos; pues me bastaba abrir el Directorio de Madrid y encontrarme, por ejemplo: « Excmo. Sr. D. Ramón de Campoamor. — Plaza de las Cortes, 8, » para tomar un coche de punto y en él llegar en breve tiempo á la casa del autor de las Doloras.

..

¡Castelar! este nombre había resonado en mis oídos como una estrofa de gloria cuando yo era un chiquillo, que se pasaba las horas estudiando la Revolución Francesa en Michelet y en Lamartine, en esos hermosos artifices del estilo que embelesan con sus incomparables narraciones.

Se nos había dicho en el Colegio que el tribuno español, al mismo tiempo que luchaba por el triunfo de su credo republicano, escribiendo admirables artículos en *La Discusión* (periódico de Don Nicolás M. Rivero.) pronunciaba discursos nunca oídos en el « Ateneo » y sufría persecuciones constantes, habiéndosele quitado la cátedra de Historia, que desde 1857 ganó en la Facultad de la Universidad Central de Madrid.

Se nos aseguraba, además, que el admirable tri-

buno se había lanzado á la calle el 22 de Junio de 1866 con el General Pierrad, con Sagasta y con otros personajes, á defender personalmente las barricadas levantadas por el pueblo para auxiliar á las tropas que, en el cuartel de San Gil, se sublevaron apoyando las ideas republicanas.

Castelar condenado á muerte por tales hechos, salió de España, fué á Suiza y de allí vino á Paris, trabajando por el triunfo de su causa que, como todos saben, logró después de muchos trabajos. Cuando regresó á España y se le opusieron á la proclamación de la República los Generales Prim y Serrano, se le vió ir de ciudad en ciudad, explicando su programa liberal y los defectos y vicios de las monarquías.

Aquel hombre que atraía sobre su personalidad las miradas del mundo, era el ídolo de las Repúblicas Americanas y sobre todo de la nuestra, donde los estudiantes sabíamos de memoria trozos de sus discursos.

..

¿ Á quién no habían de entusiasmar las admirables disertaciones sobre la civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo, que no bien fueron publicadas, cuando ya las principales naciones las leían traducidas y las comentaban, llenándolas de encomio? Todos estos recuerdos despertaron en mi ánimo la necesidad de acercarme al grande hombre. Había leído y releído su « Vida de Lord Byron, » uno de los libros más hermosos que conozco, y creía un deber estrechar con devoción profunda la mano que movería la pluma que trazó tan luminosas páginas.

Preparábame á entrar en la casa número 28 de la calle de Serrano, cuando por mi fortuna y sin que

hubiese dicho la menor palabra, el General Corona me dijo un viernes :

— Esta noche voy á la casa de Castelar y ya le anuncié que está usted recién llegado de México, y que deseo presentárselo. Si cree conveniente llevar alguna de sus composiciones poéticas, puede hacerlo, porque allí leen los principales poetas, y me daría mucho gusto que fuera bien recibido por ellos un mexicano que tanto los estima.

En efecto, á las nueve de la noche, estábamos en la casa del eminente tribuno y allí me encontré con amigos recientes, pero con los cuales ya había adquirido cierta franqueza ; así, pues, mantuve con ellos gratas conversaciones hasta el momento en que apareció el señor y dueño de la casa.

Se adelantó á saludar con íntima naturalidad al General Corona, y éste me presentó con él en términos bondadosos y agregando : « hace versos. »

— Bueno, bueno ; respondió el gran orador ; ¿ nos ha favorecido usted trayéndonos á un joven poeta mexicano ? Gracias. Tengo muchísimo gusto en conocerle y ahora él será quien inicie las lecturas de esta noche, cuando ya veamos aquí á otros muchos amigos que aún no han llegado. Venga usted conmigo, joven, vamos á hablar de todo, pero especialmente de América ; tengo pendiente la lectura de la oda de Andrés Bello á la agricultura de la Zona Tórrida, sobre la cual discutíamos el viernes pasado. ¿ Cómo deja usted México ? ¿ qué tierra aquella tan interesante y tan querida para nosotros los españoles ! Y ¿ qué mexicanos tan buenos para nosotros !

Señores, — agregó volviéndose á un grupo que nos rodeaba. — ¿ ustedes saben todo lo que le debo á un mexicano generoso ? Volví de Suiza á Francia, á

finés de 1866 y me encontré en París á un republicano de México, firme partidario y grande amigo de Juárez y que tenía verdadera devoción por mí, porque leía y releía mis discursos y conocía, acaso mejor que los españoles demócratas, mis constantes fatigas y mis luchas sin tregua.

Aquel mexicano era D. Lorenzo Ceballos que no me dejó hospedar en ninguna parte, pues desde que supo que iba yo á la capital de Francia, me preparó una casa con todas las comodidades apetecibles. Allí viví sin que nada me faltara ; parecía que un hermano mayor me cuidaba, me atendía y me procuraba esa felicidad que en vano buscaban los proscriptos. ¡ Ah ! mis amigos ! Cuando yo dejé París, quise demostrarle mi gratitud de alguna manera extraordinaria ; pero aquel magnánimo amigo se negó á todo, y á instancias y ruegos me pidió únicamente que enviara yo revistas mensuales sobre los sucesos palpitantes de Europa, á un diario llamado *El Monitor Republicano*, que su amigo D. Vicente García Torres, quien después llegó á ser también amigo muy predilecto mío, redactaba desde muchos años atrás, en México.

Comprometíme lleno de gusto á escribir en tan liberal periódico, y no me acuerdo que haya yo desde entonces faltado á este grato y para mí religioso ofrecimiento.

No puedo citar todo lo que Castelar dijo, pero hablé de mi patria, de Juárez, de los sucesos motivados por el triunfo de la República, con tal calor y tal galanura, que todos estábamos cautivados.

Sus simpatías por México eran tan vivas, que no las disimulaba nunca. Recuerdo que en la carta que me dirigió en 11 de Junio de 1879, y que tengo publicada en « La Lira Mexicana », me dice lo siguiente :

« Hechos más bien que palabras, muestran cómo España guarda amor al México republicano y libre, creado por las revoluciones modernas y unido á su antigua metrópoli con lazos morales tan estrechos y más duraderos que los lazos materiales y políticos. En la ocasión más triste de vuestra historia, cuando la dictadura bonapartista, no contenta con haber asesinado la República en Francia, intentó asesinarla en América también, contando con la complicidad de toda la Europa imperial y monárquica, nuestra patria personificada en uno de sus ilustres capitanes, desbarató con su impulso generoso aquella monstruosa intriga, y escribió la primera letra de la viril protesta, coronada por vuestra libertad y vuestra independencia.

» Después, en aquellos días en que los cortesanos del poder y de la fortuna, que tanto abundan por desgracia en las Cortes de los Monarcas europeos, intentaron hacer de México un pueblo apestado y reducido á un aislamiento eterno, España reconoció vuestro gobierno, y sancionó diplomáticamente vuestra autonomía.

» A estas muestras de amor habéis correspondido, comprendiendo y mostrando que el triunfo de la insurrección cubana, si por acaso hubiera logrado separar de nuestras banderas las Antillas, cedería tan sólo en bien de afortunados rivales que sueñan con un predominio excesivo en América, al cual de consuno se oponen la Naturaleza con sus insuperables vallas y la Historia con sus definitivas sentencias. »

¿Cómo juzgaba este hombre prominente á nuestros poetas? En la misma carta me dice:

« Inspirado pues, por sentimientos de amor á nuestras letras de las cuales son ya ornamento vuestros

mismos versos, habéis presentado esa falange de poetas y esa colección de poesías, doblemente plausibles por ser ellos quienes son y vos quien los presenta. Apenas aplicáis el oído á sus estrofas, ya sentís que cantan los dolores y aspiraciones de nuestro tiempo con una gran verdad, y el resplandor de la Naturaleza en el Nuevo Mundo con un gran sentimiento. Nacidos en esa tierra donde todo obedece á la ley de la renovación universal, así los seres como las instituciones, deben llevar vuestros cantores el título de poetas modernos por excelencia.

» Se quejan, se duelen, se plañen, de las limitaciones de la vida, porque sin dolor no habría jamás arte, pero tienen fé vivísima en la idea que llena todo el Universo, en Dios; y en la idea que caracteriza al hombre, en la libertad.

» Luego, el espectáculo de la Naturaleza exuberante, el cántico de las selvas vírgenes, el aroma de las enredaderas tendidas sobre los árboles seculares, el hervor de los volcanes entre los ventisqueros, la inmensidad de los desiertos que en grandeza compiten con el Océano, la totalidad, en fin, de vuestra rica vida, trae á las venas de las artes europeas, un tanto empobrecidas, nueva y más encendida sangre que centuplica la luz espiritual en la inteligencia y el calor material en todo nuestro cuerpo. Nada tan útil como esta relación y comercio entre nuestras artes, porque los españoles pueden aprender de vosotros la inspiración original y nativa; mientras que vosotros podéis aprender de los españoles la depuración necesaria del gusto y la maestría en el uso y empleo de nuestra rica lengua. »

En la noche á que me refiero me senti tan satisfecho por todo lo que oí de labios de aquel genio, que no

pude darme cuenta de los pormenores artísticos de la casa. Después no falté ningún viernes y ya me sabía de memoria los lienzos, los bronce, los primores de cincel, los libros, los muebles, en fin, todo lo que la decoraba y la llenaba de atractivo en medio de la más elegante sencillez, porque en ninguno de sus tesoros revelaba riqueza. Castelar vivía de su pluma y no era rico.

Guardaba dentro de una vitrina regalos exquisitos de eminencias morales; plumas de oro, coronas de oro, medallas de oro, tarjetas de oro, pero esto y todo lo demás era allí pobre junto al oro de su palabra.

Le merecí la confianza de que me presentara con su hermana Conchita que hacía los honores de la casa, y que era angelical en su trato y en sus sentimientos.

En mi primera visita no llevé ninguna composición poética, pero dispuse de tiempo para escribir un soneto que á la hora que se me indicó que yo debía iniciar las lecturas, solté sin miedo, porque me daba valor la causa que me lo inspiraba.

— Á ver qué nos dice nuestro nuevo amigo mexicano, — dijo Castelar — y entonces en medio del mayor silencio, me adelanté hacia él y con el arrojo de quien nada vale, lo miré de frente y con voz serena y fuerte le dije :

« Eco de un siglo que recoge ufano
De tu palabra el rayo prepotente,
Brilla del uno al otro continente
El fulgor de tu genio soberano.

No pudo nunca el orador romano
Ser como tú tan grande y elocuente,
Que ya ciñes más lauros en la frente
Que palmas mi vergel americano.

Mañana que en tus obras, tu memoria
Guarde la humanidad sin mancha alguna,

¿Dónde cabrá lo inmenso de tu gloria?

¿Dónde cabrá la gloria de tu cuna?

Tu eterno pedestal será la Historia;

Tu eterno monumento, la Tribuna. »

Los periódicos del día siguiente, y entre todos *El Globo*, dieron cuenta de cómo había sido recibida esta improvisación mía, y desde entonces ocupé un lugar entre los amigos del grande hombre.

..

Ocurrióseme coleccionar en un álbum autógrafos de inmortales, y fui á rogarle que lo abriera con su firma.

— ¿Con mi firma nada más? No; eso no puede ser, tengo algo que dejar escrito aquí, á ver, será poco, pero lo pondré en seguida.

Y, tomando la pluma, trazó en menos de lo que pueda imaginarse, los renglones siguientes :

« Estás en la flor de la vida, que se abre pura y blanca como las hojas de este Álbum, y vienes á un alma cansada ya de largo viaje, á pedirle una palabra de esperanza cuando en tus versos se descubre que tienes fe divina en el humano progreso.

» Eres hijo de América, donde la República y la Libertad brotan con el vigor de las selvas no profanadas y llenas de conciertos producidos por las mil voces de la Naturaleza; y vienes á nuestras ruinas amontonadas como un oleaje petrificado, sobre las cuales se mecen tristemente la cicuta y la ortiga, y tristemente cantan las siniestras cornejas sus melancólicas elegías.

« Viajero ceñido de ilusiones: poeta visitado por la celeste inspiración, amigo del alma, al verte tan joven sólo se me ocurre que plegue al cielo preservarte de

los naufragios donde yo he caído y de los desengaños á cuyos glaciales fríos se han salvado tan milagrosamente mis creencias. Espero, á pesar de todo, que una edad mejor toque á tu vida y que, entonces como no seré ya, veas que se rinde la debida justicia á quien vencido y desengañado, no ha puesto sus ojos en las heridas del cuerpo sino en las estrellas del cielo, para guardaros estas dos ideas salvadoras en todas las tormentas, polos inmóviles de la futura historia, inspiración inagotable de todas las artes: Dios y Libertad. — Emilio Gastelar. »

*
*
*

Esto, que lo escribió delante de mí y en brevísimos instantes, me sirvió para que ninguno se desdeñara de escribir algo en mi modesto álbum, y en pocos días recogí valiosos autógrafos.

Castelar era de dulcísimo trato, y nunca tuvo para el General Corona, para el Doctor Juan B. Híjar y Haro, para Enrique de Olavarria y Ferrari y para mí, más que palabras de cariño sincero y entusiasta, y siempre mostró el más vivo interés por México.

Él, como todos los autores eminentes, no tenía entre los libros de su vasta biblioteca, sus propias obras, y un día salió á buscar la colección completa de todas ellas, las pagó á lo que le pidieron, las llevó á su casa y después de poner en cada uno de los numerosos volúmenes distinta dedicatoria, las envió á su compadre el General Corona.

Recuerdo todavía con cuánta gratitud conservaba esos libros el General, y acaso sea la colección más completa de las obras del gran tribuno.

*
*
*

Castelar era de costumbres honestas; amaba entrañablemente á su hermana, y desde que ella murió él

se puso triste y nada le era grato. Con una compleción robusta; bajo de cuerpo; de color encendido, de ojos llenos de luz; de voz más bien delgada y suave, se transformaba en la tribuna, pues al oírlo allí, parecía un gigante y nadie perdía ni una sola de sus maravillosas palabras.

Cuando comenzó su propaganda republicana, engendró tal fanatismo por su talento, que no en vano decía el gran Ignacio Ramírez, mi amado maestro, « en México amamos igual á Castelar que á Hidalgo » y no en vano Louisville, al presentarlo en la Sorbona, dijo: « Señores, este es el hombre que se levantó á defender la esclavitud en el parlamento español, y cuando concluyó de hablar veinte millones de hombres eran libres. »

*
*
*

Edmundo de Amicis, el popular y admirable escritor italiano, al hablar de las Cortes Españolas dice:

« Y entre otros cien, un Castelar que seduce y encanta á amigos y adversarios con un torrente de armoniosa poesía. Y Castelar conocido en toda Europa, es en verdad la más completa expresión de la elocuencia española. Siente el culto por la forma hasta la idolatría; su elocuencia es una música; sus razonamientos son esclavos de su oído; dice una cosa ó no la dice, ó la dice en este ó aquel sentido, según convengan al período; tiene la armonía metida en la cabeza, y la sigue, la obedece y le sacrifica todo aquello que puede ofenderla.

« Sus períodos son estrofas; es necesario oírle para creer que la palabra humana, sin ritmo poético y sin canto, pueda llegar de aquel modo hasta la armonía del canto y de la poesía. Es más artista que hombre político, y tiene de artista no sólo el espíritu, sí que

también el corazón : un corazón de niño incapaz de odiar ni de enemistarse con nadie.

« En todos sus discursos no se encuentra una injuria ; en las Cortes nunca ha provocado una seria discusión personal ; jamás recurre á la sátira y nunca emplea la ironía ; en sus más violentas filípicas nunca derrama una gota de hiel ; y la prueba es que, — republicano, adversario de todos los ministros, periodista de lucha, acusador perpetuo de cualquiera que ejerza un poder, y de cualquiera que no sienta el fanatismo de la libertad, — no se ha hecho odiar de nadie.

« Por ello es que sus discursos se gozan y no se juzgan, su palabra es demasiado bella para ser terrible y harto sincero su carácter para que pueda ejercer influencia alguna política ; no sabe disputar, maquinar ni conducir su barca ; no hace más que deleitar y brillar ; su elocuencia es tan grande como tierna y sus más bellos discursos hacen llorar. Para él la Cámara es un teatro. Como los poetas improvisadores, para que su inspiración sea robusta y serena, necesita hablar á determinada hora, sobre tal ó cual punto escogido de antemano y tener el tiempo necesario de que poder disponer.

« Tal es así que el día en que debe hablar se pone de acuerdo con el Presidente de la Cámara. El Presidente se las compone de manera que le concede la palabra cuando las tribunas se hallan llenas y todos los diputados se encuentran en sus sitios ; los diarios anuncian la víspera, por la noche, que Castelar ha de consumir turno el día siguiente para que las señoras puedan procurarse billetes. Tiene necesidad de ser escuchado. Antes de hablar está inquieto, nervioso, no puede parar en parte alguna, entra en el salón de sesiones, sale, vuelve á entrar y salir, se pasea por los pasillos, hojea un libro de la biblioteca, entra en el café para tomar un vaso de agua, cual si la calen-

tura lo devorase ; cree que no podrá articular dos palabras : que hará reír, que le silbarán ; no tiene idea clara de nada, lo confunde todo, todo lo olvida.

« ¿ Cómo tiene usted el pulso ? le preguntan sonriendo sus amigos,

« Llega el momento solemne : se va á su sitio, con la cabeza baja, tembloroso, pálido como un condenado á muerte, resignado á perder en un día la gloria conquistada después de tantos años y á costa de tantas fatigas. En aquellos momentos hasta sus amigos le compadecen, pero se levanta, lanza una mirada á su alrededor y exclama : ¡¡ SEÑORES !! Está salvado ya : el valor le anima, su espíritu se esclarece y su discurso se va hilvanando en su cabeza como un canto olvidado. El Presidente, los Diputados, las tribunas, desaparecen ; no ve más que sus ademanes ; no oye más que su voz, sólo siente la llama irresistible que le enciende y la fuerza misteriosa que le impulsa. Da gusto oírle decir : « Yo no veo las paredes del salón ; veo pueblos y países lejanos nunca vistos. »

« Y habla durante horas y horas y ni un diputado sale, nadie se mueve de las tribunas, ni una voz le interrumpe, ni un gesto le distrae ; hace brillar á su placer la imagen de su República, vestida de blanco y coronada de rosas y ni los monárquicos se atreven á protestar, porque vestida de aquel modo, hasta ellos la encuentran hermosa.

« Castelar es dueño de la Asambtea ; truena, resplandece, canta, brilla como un fuego de artificio, arranca gritos de entusiasmo, termina entre salvas de atronadores aplausos. »

Así retrata Amicis al admirable orador de España que acaba de morir para la vida material, pero cuya memoria será imperecedera en todas las naciones

donde se habla la hermosa lengua que Carlos V decía inventada para hablar con Dios.

Nada más justo que tributarle homenajes á tan plecaro ingenio.

Para la República Universal su muerte es un motivo de duelo. Para mi corazón que lo admiraba y lo quería, es una nueva é incurable amargura.

Aquel Castelar que ganara cincuenta mil francos al año con sus revistas y que seducía á las multitudes con su palabra, se retiró decepcionado y triste á la vida privada. Murió tranquilo, pero sin duda llorando sin lágrimas, por las crueles heridas que sangran el alma de su idolatrada España.

LA CASA DE CERVANTES

(DE MIS « MEMORIAS DE TREINTA AÑOS »)

Una tarde de verano en que, para distraerme y buscar aire fresco, me había perdido andando solo entre las hermosas y verdes callejuelas del Retiro, ya fijándome en las gigantescas estatuas de los Reyes, ya en la tranquila superficie de las aguas en el gran estanque, ó ya en el viejo león que rugía enjaulado en la casa de fieras, picóme el calor demasiado, y andando á paso lento volvíme al Prado, de allí me fuí á costear el gran palacio de los duques de Medinaceli hasta salir derecho á la calle de Cervantes y meterme en la iglesia de las monjas Trinitarias.

¡ Cervantes ! ¿ Quién no ha pronunciado mil veces en su vida este nombre inmortal ?

Hay dos calles muy largas y casi paralelas (perdónenme los geómetras) en la Villa y Corte; parten ambas de la calle de León, una se llama de Cervantes, la otra de Lope de Vega y la primera transversal entre ellas es la de Quevedo.

Á media calle, por decirlo así, están la iglesia y el convento de las Trinitarias, monjas que allá en otros siglos colectaban limosnas para redimir cautivos, á quienes, si morían en Madrid, les daban sepultura gratis dentro de su vasto monasterio.

Allí está enterrado, sin que nadie hasta ahora determine el sitio, el cadáver del infortunado autor del Quijote.

Pensando en el admirable manco de Lepanto, métime en la iglesia á la hora en que cantaban el Angelus muchas voces dulces y graves de monjas desconocidas.

Solo y sombrío estaba el templo; una que otra enlutada oraba en voz baja delante de los altares; los rayos últimos de la moribunda luz de la tarde bajaban sobre las esculturas rodeándolas de un nimbo de claridad misteriosa; la lámpara sagrada ardía en frente del dorado nicho en que se guarda en copón de oro la hostia consagrada; las notas del cántico de las religiosas rodaban por las anchas bóvedas, resonando ya tierna, ya gravemente, y un sacerdote, apoyando el rostro sobre la mano en que tenía un gran pañuelo, escuchaba en el confesonario las palabras de una atribulada penitente.

Yo entré y fuíme derecho á ocupar una de las talladas bancas que están debajo del púlpito; me puse á oír los cantos; vi cómo se apagaban en los vidrios policromos los rayos postreros de la tarde y cuando ya no quedaba otra luz que la de la santa lámpara, volví

el rostro hacia atrás buscando á alguien que me figuré me estaba mirando tenazmente.

Me encontré, decorando el muro, un enorme Cristo expirante, sangrando y en cuyo rostro el tenue fulgor de la lámpara hacía brillar como carbunclos dos grandes ojos negros.

Me pareció irreverencia artística volverle la espalda y me fui á la banca de enfrente.

..

Á los pocos momentos, una voz secreta me anunció que á mis espaldas alguien estaba mirándome con insistencia. Volví los ojos y me encontré á una mujer arrodillada sobre el altar, con el cabello suelto, desgarrada la túnica, descubierta una parte del hombro y del seno, con el rostro extenuado y marchito, brillando en sus mejillas, como estrellas de un cielo entoldado por la bruma, muchas lágrimas.

¡Era María de Magdalena!..... la pecadora Magdalena, excitando la más tierna de las humanas compasiones!

Es una falta de cortesía dar la espalda á una mujer que sufre y que implora tanto — me dije — y me fui á sentar en el plinto de una columna y seguí escuchando el canto de las monjas, que cada vez era más misterioso y más dulce.

¿Cómo fueron las notas aquellas filtrándose poco á poco hasta el fondo de mi pecho y cómo llegaron á conmoverme? Lo ignoro; pero sólo sé que profundamente emocionado murmuré esta palabra: ¡Cervantes! ¡Ay, sí! la bondad y la redención, el sufrimiento sin culpa y la culpa perdonada; el Calvario con el Tabor lejano; las espinas en la carne viva; las burlas del pueblo; la predicación sin recompensa, y tanto y tanto que habíanme hecho recordar las escul-

turas del templo, trajeron á mis labios el nombre más venerado en los dominios de la lengua española.

En aquel templo quedaron las cenizas del que en frágiles hojas de papel, que su genio tornó en duraderas más que de bronce, esculpió con amarga ironía la historia de la humanidad en todos los tiempos y en todas las latitudes.

Nada hay tan alto como el ideal; nada tan puro como la verdad, nada tan noble como el derecho, ni nada tan fuerte como la justicia.

..

Don Quijote representa la virtud, la nobleza y la fuerza; el vulgo le burla, le escarnece, le moteja y le pone en la más risible de las picotas. Su amor soñado, Dulcinea, no existe; sus fueros son vanos, y sobre todas sus estériles luchas reina y perdura el vulgo.

¡Pobre visionario! con su adarga al brazo salió de la mente de un filósofo que conocía más que nadie el mundo y que lo retrató en los días en que no tuvo ni un pan que llevar á la boca, ni un maravedí que guardar en su alforja de pordiosero.

El calabozo fué su cámara de trabajo; alguna carta, su consuelo, y una tosca pluma, su confidente indiscreto.

Se diría que el Quijote es el más perverso de los libros, si se atiende á que todo lo bueno que defiende su héroe, queda burlado y escarnecido; pero convendremos siempre en que es un libro admirable, porque sobre las risotadas y los escarnios del vulgo, pone en brillante relieve lo noble y lo bueno.

¿No es la romanesca y embrollada caballería que torna loco al manchego, el conjunto de lo que cada uno busca cuando lleno de esperanzas y de ilusiones, se lanza en la juventud por esos que llamaremos los campos de Montiel de la vida? ¿No es cada sueño de

amor casto semejante á las visiones que inspiraba al caballero del yelmo y la adarga la imagen de su Dulcinea?

¿No son estas luchas diarias con la injusticia, con el rencor, con la ingratitud y con la envidia, semejantes ó iguales á las que el buen Quijote emprendiera contra los molinos de viento?

¿No conocemos á muchas venteras y á muchos San- chos?

¡Pobre mutilado de Lepanto! ¡Qué bien conociste este hormiguero humano! ¡qué bien te enseñaron á pensar y á decir tus miserias y tus dolores! ¡Para tí no hubo aplausos, ni riqueza, ni gloria! ¡Hasta tu cadáver se enterró de limosna, y todavía no puede fijarse el lugar en que reposaron tus cenizas!

¡Y tú conocías los dolores de Aquel que expira en esa cruz tosca y habías penetrado hasta el fondo en los extravíos y arrepentimiento de aquella Magdalena, que ungió llena de lágrimas los pies de su Redentor amado!

Pintas con mano maestra la virtud y el pecado; eres el más realista de los escritores, porque eres el más veraz y el más humano; y fuiste el más desdichado de todos tus contemporáneos, porque valías más que todos!

¡Pobre Cervantes!

Había callado el coro de las monjas; de pronto sentí que una mano me tocaba el hombro, y abrí los ojos con sobresalto; la iglesia estaba sola: ni en el confesionario el sacerdote, ni las devotas delante de los altares; la santa lámpara ardía tristemente y su luz ya era menos intensa.

Yo me había sumergido durante varios instantes en un negro mar de pensamientos, y debo haber parecido á los que me vieron, un febricitante, víctima de un letargo.

¿Quién me habla? pregunté sobrecogido.

El sacristán, sin responder, me mostró un gran manojo de llaves y me señaló la puerta.

Trémulo, asustado, salíme del templo; ya estaban encendidas las luces de la calle, y antes de doblar la esquina para la de León, halléme frente á frente de una puerta, sobre la cual se destaca en relieve sobre la piedra y encerrado en un laurel, un busto dorado, que tiene debajo la breve inscripción siguiente:

« AQUI VIVIO Y MURIO
MIGUEL
DE CERVANTES SAAVEDRA
CUYO INGENIO ADMIRA
EL MUNDO. »

Estaba yo frente á la casa del inmortal pensador, cuyas desgracias habíanme poco antes sumergido en tantas reflexiones!

UNA NOVELA MEXICANA

AMOR SUBLIME

Escrita con galanura, sin rebuscamientos ni hinchazones de estilo, acaba de publicarse y ya está á la

venta una nueva novela mexicana, intitulada « Amor Sublime. »

Es de autor conocido, pues ya con otra novela, « Cuestión de Honra », llamó la atención de los lectores á quienes no repugna pasear la mirada y el espíritu sobre lo que escriben nuestros compatriotas.

El autor de « Amor Sublime » es el abogado Don Pablo Zayas Guárneros, á quien desde hace años veo vivir entre buenos libros y que no pocas veces me ha hecho sentir gratas impresiones con su conversación amena y erudita.

« Amor Sublime » es un buen estudio filosófico sobre la nobleza del corazón y la del linaje, creando y dando vida á personajes de la época en que contrastaban las costumbres de los nobles radicados en Nueva España con las de los criollos, ó los *mexicanos de razón* que trabajaron por dar á México autonomía, libertades, representación y nombre entre los pueblos libres.

No cometeré la indiscreción de referir con todos sus pormenores el argumento de la novela, pero sí puedo asegurar que los factores que en ella desempeñan, desde el principio hasta el fin, las escenas interesantes que constituyen el drama, están copiados del natural y se les cree vivos y reales, lo cual no es poco, para enaltecer á un escritor en los tiempos que alcanzamos.

Ranciedades que perjudican á una generación entera; altiveces que extravían el ánimo; orgullos que ciegan; humildades que cautivan y vencen; perversiones por la mala educación y por el culto al renombre y al título nobiliario; purezas que no se manchan y generosidades que llegan á lo imposible; la vida en el hogar durante la época de la colonia; las

costumbres, asperezas, peligros, abnegación y abismos que rodeaban dentro del claustro á las místicas esposas del Crucificado; las esperanzas ya muertas, surgiendo de pie y dando con su resurrección ejemplos y asombros que producen en su choque, como el pedernal y el hierro, la chispa que incendia y alumbrá; todo eso palpita y se mueve en el libro de Pablo Zayas.

Revelan los capítulos gran conocimiento de las tendencias de cada grupo social, á principios de nuestro siglo: los indios, los mestizos y los españoles de sangre pura, si pura puede llamarse la mezcla del godo con el árabe.

Hay un buen estudio de pasiones y de caracteres; hay interés, que no decae, en la trama; y relatos, que obligan á no soltar el libro de la mano, hasta imponerse de cada desenlace.

No tiene la novela de Zayas exageraciones que ofendan el rubor de las vírgenes ó que satisfagan la índole de los libertinos; es la obra de un caballero cumplido, que no olvida nunca, ni al rendir tributo á la verdad de los hechos y á la pasiones de sus personajes, lo que debe á la sociedad en que vive y lo que se debe así mismo.

Ha comprendido que el *realismo* estriba en describir y mostrar la llaga, pero no en restregarla para que brote sangre y pus, delante de los seres delicados que no consenten tan bruscos espectáculos. Y créase que es real la novela « Amor Sublime », pero no por ser real deja de ser fina y de retratar los misterios de la celda y del coro, estableciendo las diferencias entre los misioneros vaciados en el molde de los primeros franciscanos que visitaron nuestra tierra y los que la

mano de la Reforma sacó de las celdas ya oscuras é inhabitables.

Zayas Guarneros derrama en las páginas de su libro muchas enseñanzas y en ellas puede el pueblo lector comprender los abusos y las desgracias á que daban lugar las razas privilegiadas, eligiendo los señores para sus hijas, esposos cuyos antecedentes, sentimientos y costumbres les eran desconocidos, pero no el título nobiliario con que iban á honrar á la desposada.

El amor desinteresado, puro y noble; el amor que nace en una alma sin mancha y sin doblez; la pasión que no se desdeña de tener como ídolo único á un ser honrado y bueno, nacido en humildísima cuna, como el amor de Eugenia de Vidalvaso, heroína del libro de Zayas, al mestizo plebeyo, Juan Martel, (hermano de leche de Roberto, el hermano de Eugenia), está pintado con todos los vivos colores de que puede disponer en la paleta un buen artista.

Y así están pintadas la ceguedad y la pasión de los padres de Eugenia, y la avilantez del Marqués de Cuenca y los perversos hábitos y villanías de su hijo Carlos.

..

Pero no he de revelar la trama ni el argumento. « Amor Sublime » es una novela que entretiene, enseña y moraliza, probando lo que Séneca dijo: es en vano que saquen la nobleza de la antigüedad del nombre que llevan: todos los hombres sensatos pertenecen á la raza de los dioses.

No sé qué autor dijo también: los hombres son todos hechos de la misma tierra: el Criador no escogió para los nobles la tierra de porcelana.

Entre nosotros se desdeña la novela de autores nacionales y basta que sepan muchos que un libro ha

sido escrito por un compatriota, para que le miren con predisposición y no se decidan á leerlo.

Seguros estamos de que « Amor Sublime » no ha de ser de los libros desdeñados y menos cuando lo constituye un criterio liberal, amplio, luminoso, sin fanatismos y amante de la virtud, de la honradez sin tacha y del deber en todas sus manifestaciones más nobles.

El escritor que en el género de la novela hace sentir al mismo tiempo que instruye y deleita, es el que merece aplausos, alcanza nombre y entra á los dominios de la fama.

Pablo Zayas Guarneros ha llenado estas tres difíciles condiciones y puede creer que al felicitarlo por labor tan digna, anhelamos que pronto vea la luz pública otro libro suyo, tan lleno de interés como « Amor Sublime ».

COLOMBIA Y MÉXICO

El Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de Colombia en las Repúblicas de la América Central y en nuestra patria, Don Lorenzo Marroquín, ha dirigido á los cultivadores de las ciencias y de las letras, una carta circular, encareciendo la necesidad de estrechar nuestras relaciones intelectuales é indicando como eficaz medio para lograrlo, que México envíe á Colombia las obras que son fruto del ingenio de sus hijos, seguro de que de allá nos vendrán los libros que han dado

renombre á la nación que él con tanto acierto representa.

Ocasión es ésta de aplaudir á un diplomático tan activo como inteligente y de recordar que no para todos los amantes de las bellas letras es desconocida su simpática tierra, llamada la Atenas de la América del Sur.

El erudito, inspirado y galano Rivas Groot nos ha hecho conocer á los poetas de Colombia, hablándonos de los más culminantes. Por él sabemos que allá surgió como iniciador de las fecundas labores literarias en tiempo de la dominación española, Juan de Castellanos, con las « Elegías, » que, aunque fueron escritas en 1592, rebosan tal frescura y vigor que parecen compuestas hace poco tiempo.

Devotos suyos fueron Cristóbal de León, Diego de Buitrago, Francisco Soler, Sebastián García, quienes tan bien y con tanta justicia le encomiaron en fáciles versos, que dan la razón á los modernos que consideran á Castellanos como fundador de la epopeya nacional colombiana.

No fué rica en ingenios la época colonial, pero todavía asoman como estrellas del obscuro cielo que envolvió tan larga noche, los nombres del sacerdote Santaferense Dr. Francisco J. Cardoso, del jesuíta pampónés Luis Rangel, del jesuíta Antonio Navarro Navarrete, del Dr. Hernando Domínguez Camargo, de Jacinto Polo de Medina y de aquel Don Francisco Álvarez de Velasco y Zorrilla que en 1703 publicó sus versos, entre los cuales se encuentran los que dirigió á nuestra inmortal Sor Juana Inés de la Cruz.

Las endechas endecasílabas dirigidas por Álvarez de Velasco á la décima musa, rebosan sencillez y majestad en los pensamientos.

..

En Colombia, el amor á la Patria despertó á ilustres poetas en la época de la independencia, y entre ellos se distinguen José María Valdés, José Ángel Manrique, José M. Montalvo, Antonio J. Caro, Pedro Fernández Madrid (que cantó á nuestro Cuauhtemoc,) José María Gutiérrez, Mariano del Campo Larraondo, Urquinaona, Zea, Manuel del Socorro Rodríguez, José María Salazar, José Fernández Madrid, y Vargas Tejada.

Rivas Groot al hablar de estos inspirados, en la época de sangrienta lucha y de constantes sacrificios, cita en un estudio que yo he leído muchas veces y que admiro por su belleza de estilo, las siguientes palabras de Vergara :

« Todos esos hombres maravillosamente dotados para la paz y las letras, todos, por una amarga ironía del destino, desfilarán en la Historia, no coronados de laurel y vestidos de blanco, sino como fantasmas arrastrando sangrientos sudarios y mostrando las anchas heridas que hicieron en sus pechos las balas homicidas, ó pidiendo á gritos el suelo de la patria para morir en ella. »

De la época de la libertad, conocemos en México á D. José Eusebio Caro, cuyas estrofas en la composición que intituló « En boca del último Inca » son de una sencillez y de una pureza admirables; á José Joaquín Ortiz que cantó al Tequendama con igual entusiasmo al de Heredia frente al Niágara; á Miguel Antonio Caro, tan correcto como inspirado; á D. Rafael Núñez; á D. Rafael Pombo, cuya composición « El Bambuco » me deleita como cuadro de costumbres; á Jorge Isaacs que ha hecho derramar tantas lágrimas con su idilio « María; » á Gutiérrez González y Pinzón Rico, que son hoy, según asegura Rivas Groot, los dos poetas más populares de Colombia; á Diego Fallón, á Belisario Peña, á Epifanio Mejía, á los Valenzuela, (Mario y Teodoro) á Caicedo Rojas, á

Guarín, á Marroquín, Carrasquilla, Conto, Lázaro María Pérez y otros muchos que dan gloria al Parnaso Colombiano y que deleitan á la América latina con sus inspiradas composiciones.

No puedo olvidar á mi admirado y joven amigo Ismael Enrique Arciniegas, á Alejandro Vega, á Carlos Arturo Torres, á los Flores, á Marcel Rodríguez y á Pedro Vélez R. de quien conservo en la memoria las afiligranadas quintillas « Á la vista de las playas Colombianas. »

..

Los que suponen que para nada sirven los poetas, ignoran que son ellos los que llevan al través de todos los países la verdadera historia de la tierra en que han nacido. Cuando Colombia rindió en 1883 un homenaje al libertador Simón Bolívar, no encontró mejor joya que ofrecerle que la del Romancero Colombiano, pues en Bogotá dice el Sr. Soffia, hay un vínculo que todo lo ata; un sentimiento general que se sobrepone á toda pasión y un afecto sagrado más poderoso que cualquiera diversidad de opiniones. Ese vínculo es el amor á las letras; ese noble sentimiento es la admiración á los héroes; ese sagrado afecto, la amistad.

El « Romancero Colombiano, » ideado, escrito é impreso en treinta y nueve días, nos ha hecho conocer en toda la América Latina á Bolívar en todo el esplendor de su gloria, y ante esas páginas he sentido inexplicables emociones, leyendo « Cómo se cumple el Deber, » « San Mateo, » « Girardot, » « Bárbula, » « Bolívar Proscrito, » « El Sitio de Cartajena, » « Las Queseras del medio, » « El Abrazo, » « La Polvareda, » « La carga de Carabobo, » « Pichincha, » « La Heroína de Huamanga, » « Sucre derrotado, » « Bolívar en Pativilca, » « El Cura de Pucará, » « La Muerte del

Héroe, » pero ¿ á qué seguir citando títulos cuando toda la obra tiene un interés palpitante? En esas hojas está viva la apopeya de la independencia y no hay corazón que no se conmueva con los relatos sencillos de tan hermosas hazañas.

..

Pues bien, así como nosotros conocemos aquí á Bolívar, á Páez, á Sandoval y á Sucre, deben de conocer allá á Hidalgo, á Morelos, á Galeana, á Guerrero, á todos nuestros héroes admirables.

Recorriendo las páginas del Romancero Colombiano, me encontré la última meditación de Bolívar, por J. M. Gutiérrez de Alba, ¡ ah! ¡ cuán bien retratado está el héroe!

« Dicen que yo una corona
Para mi sien pretendía;
Mi poder no fué de un día,
Mi vida entera me abona.
¿ Qué rey ni qué emperador
Me hubiera envidia causado,
Ante el sublime dictado
De PADRE Y LIBERTADOR? »

..

Felicitemos al señor Don Lorenzo Marroquín, que ansía estrechar nuestros lazos de fraternal amistad, haciendo que nos conozcamos, que leamos á nuestros ingenios, que sepamos quiénes han dado la sangre por redimirnos y quiénes nos llevan por la senda de la paz, del progreso y de la riqueza, para merecer el respeto de los pueblos más fuertes y más civilizados de la tierra.

México y Colombia se profesan de antaño sinceras

simpatías; no hace todavía diez años, (en 1890), se publicó en Bogotá el primer tomo de Poetas Hispano-Americanos, dando el lugar de honor á nuestras poetas, é intitulándole á dicho tomo: « México. »

Allí están las poesías de todas nuestras distinguidas compatriotas, abriendo la marcha á los otros pueblos hispano-americanos. Agradecemos como es debido esa galantería y la correspondemos sin esfuerzo, inscribiendo el nombre de Colombia como el primero en la lista de nuestros hermanos, que viven venerados y queridos dentro de nuestros corazones.

El Sr. Marroquín es un buen Ministro, porque sabe que más que con las frías notas de la diplomacia, se logra con la entusiasta unión de los pensadores; porque el lazo intelectual estrecha y confunde los espíritus nutridos en las mismas tradiciones y que aspiran á la realización de idénticos ideales.

Octubre 7 de 1899.

CÓMO ERA MORELOS

UN ANTIGUO SOLDADO

Un antiguo soldado, me contó un día lo siguiente: — Tú me oyes decir á menudo: el « señor Morelos » y ya me has preguntado por qué lo trato siempre con tanta sumisión y con tanto respeto. La magnitud de ese héroe es tal, que he visto á muchos de los que le conocieron y acompañaron en los combates, quitarse

el sombrero, en cada vez que pronunciaban su nombre.

Como militar era un genio; ya sabes que Calleja dijo que cuando creía habérselas con un cura, se sorprendió de encontrarse con un general en toda la acepción de la palabra.

Tú sabrás también que era tan amado de los mexicanos, que el día de su fusilamiento pusieron á las tropas sobre las armas por miedo de una sublevación que habría sido terrible.

Á la hora en que lo fusilaron, hubo un fuerte temblor de tierra que dió margen á muchas consejas, y ese temblor hizo salir del vaso las aguas del lago de San Cristóbal y en su desbordamiento lavaron la sangre del héroe en el sitio en que cayó su cuerpo atravesado por las balas.

« Dios no quiso — decían las gentes del pueblo, — que nadie profanara pisándola, aquella sangre tan noble y tan pura! »

Como hombre de ideas levantadas no tuvo rival en su tiempo.

Reunidos por su voluntad y á su llamado, los miembros del Congreso de Chilpancingo, un día el famoso Don Andrés Quintana Roo, le preguntó con la franqueza que le era característica:

— ¿Qué ideas tiene usted acerca del gobierno que debemos dar á la Nación? ¿qué principios vamos á dejar consignados en la Constitución que hemos de discutir dentro de breve tiempo?

— « Señor Licenciado, — respondió el héroe, — yo soy un rústico y usted es un sapientísimo letrado, no puedo hablar de ciertos asuntos en presencia de quien tanto los conoce, pero creo un deber no reservarme mis ideas en las circunstancias en que nos encon-